

# JANUKA

Si hay una festividad en el calendario hebreo que los niños esperan con marcada ansiedad, esta es sin duda alguna Januca. Al menos, así ocurre aquí en el hemisferio norte. Las familias adornan sus casas, se reúnen para el encendido de la Janukia y reparten presentes a sus hijos e hijas durante cada una de las noches de la fiesta. ¿A quién no le gusta recibir tantos regalos?

Sin embargo, Januca no sólo trae consigo un agradable momento familiar y comunitario, sino que también nos convoca a la pregunta sobre los sentidos de aquello que nos encontramos festejando. Tan pronto como comenzamos a indagar sobre las aristas de Januca, vemos que originalmente es el festejo por la reinauguración del Templo de Jerusalem y la celebración de la victoria de un pequeño grupo que no estuvo dispuesto a entrar en contacto con cualquier otra cultura que no sea la propia. ¿Qué celebramos nosotros cuando llega un nuevo Januca? ¿Anhelamos la reconstrucción del Tercer Templo? ¿Defendemos los postulados de un judaísmo que no se mezcla ni está interesado en las enseñanzas que puedan acercarnos otras tradiciones religiosas? ¿Qué festeja en Januca un judío conservador en pleno siglo XXI?

Hace algo más de cien años, los primeros pensadores del sionismo político también se enfrentaron a las mismas preguntas. Para ellos, no se trataba del milagro del aceite ni de una tradición sin influencias externas. De hecho, se plantearon la necesidad de rescatar la festividad articulando la centralidad de la lucha. Despojándose de todo sentido religioso, la relectura del sionismo naciente se centró en la gesta macabea. Y bajo ese postulado afirmaron que lo glorioso de Januca radicó en la capacidad de unos pocos de asumir proactivamente su destino, luchando por alcanzar los ideales de la independencia y la autonomía en la propia tierra. “Un milagro no nos ocurrió” – declaraba el poeta Aarón Zeev – “Una cuenca de aceite no encontramos, en la piedra excavamos hasta la sangre, y fue la luz.”

Sin embargo, en la búsqueda de resignificar las narrativas clásicas de nuestra tradición, estos pensadores dejaron muchas veces afuera del relato a Ds. En aras de maximizar la voluntad del hombre se desentendieron de la presencia e inspiración divinas. Y Januca pasó a ser el símbolo de un festejo secular.

¿Qué hacemos entonces? ¿Pactamos con el

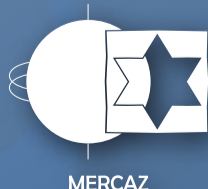
milagro divino del aceite que nos recuerda los anhelos y esperanzas milenarios de nuestro pueblo de reconstruir el Templo? ¿O nos desligamos del aspecto religioso de la festividad para reconocer que al igual que los macabeos somos los forjadores de un destino en el que Ds no tiene participación alguna? ¿Qué es lo que nos corresponde hacer como judíos conservadores en pleno siglo XXI?

A mi entender, no podemos aceptar ninguna de las dos propuestas mencionadas hasta ahora. Podemos abreviar en cada una de ellas, pero es nuestra responsabilidad volver a resignificar la festividad para apropiarnos de sus sentidos y que Januca manifieste los valores que compartimos como pueblo y tradición. Ese es el mayor de nuestros desafíos: Sabedores de nuestra historia, tener la capacidad de releer los textos bajo la óptica de un judaísmo que sea desafiante, auténtico y relevante. En consecuencia, creo que en Januca debemos recuperar la idea de que cada uno de nosotros ha nacido con la capacidad de transformarse en el Templo, volviéndonos a través de nuestras acciones y decisiones en una morada para la presencia divina. De esta manera, recuperamos la centralidad del Bet haMikdash como símbolo de aquello que podemos llegar a ser, y nos conectamos con la idea de que eso no depende de la gracia divina sino de nuestro propio y libre albedrío reconociendo que aquello que no hagamos, nadie lo hará por nosotros.

Mientras encendamos las luminarias de Januca este año recordemos que, fieles a nuestra milenaria tradición, no debemos tener miedo en reformular, resignificar y releer nuestras tradiciones, ya que es así como recreamos el mundo, asumiendo en nuestro hacer la imagen y semejanza de lo divino que no por casualidad comenzó la creación del universo susurrando: “Iehi Or... que sea la luz.”

Jag Sameaj!

Rabino Joshua Kullock  
Comunidad Hebrea de Guadalajara  
@kullock



With support of the WZO.